

EN EL CENTENARIO DE LA J.A.E.

PRESENTACIÓN

José Luis Peset y Rafael Huertas

(Coordinadores)

Santiago Ramón y Cajal fue un inteligente viajero. Nacido en un pequeño pueblo dependiente de Navarra desde siglos atrás, pasó su infancia y juventud en el Alto Aragón. Sus estudios y su puesto de profesor lo llevaron por algunas de las más importantes universidades españolas, muy sabias en ciencias médicas, Zaragoza, Valencia, Barcelona y Madrid. Luego sus investigaciones le permitieron viajar por ilustres universidades de Europa y América. Advirtió que la española no era sino una fábrica de títulos, en la que la investigación era imposible. Necesitó estudiar y trabajar en otros lugares —incluso en su domicilio o en cafés— y conseguir fondos de otras instituciones, como la diputación de Zaragoza tras su informe sobre el cólera de Valencia.

En sus viajes vio que la moderna universidad permitía la vida académica, es decir la convivencia y la investigación. Tras el desastre del 98, como un regeneracionista más, decidió emplear sus fuerzas en la mejora de la cultura científica. Tal como Costa quería, la escuela era —junto a la despensa— esencial factor de renovación. Para ello propone una serie de medidas —tomadas de la I.L.E. y de sus viajes— para la mejora de la cultura científica, en especial dar pensiones para ir a formarse al extranjero. Además quiso que se fundaran centros de investigación en los que se pudiera seguir la tarea tras la vuelta de los laboratorios extranjeros. La educación y la ciencia eran las armas para enderezar una nueva nación.

Así se crean las distintas instituciones de la Junta para Ampliación de Estudios, entre ellas el Centro de Estudios Históricos o el Instituto Nacional de Ciencias Físico-Naturales, la Asociación de Laboratorios o la Estación Alpina de Biología y la Misión Biológica de Galicia. Para la educación se crean la Residencia de Estudiantes o la de Señoritas, además el Instituto Escuela. El

Instituto Nacional de Física y Química —con fondos de la Fundación Rockefeller— redondearía los intentos. En el extranjero surgen la Escuela de Roma o la Institución Cultural Española. Estudiar, investigar y convivir eran las tres normas que Castillejo y la J.A.E. retoman de la Institución Libre de Enseñanza. La Residencia de Estudiantes refleja muy bien esas ideas, pues en ella se habitaba para vivir, leer y saber. Los consejos de Giner se siguieron y se creó una institución puntera en la historia de la ciencia española. De ella y de las otras instituciones partieron brillantes ideas para configurar la nueva ciudad universitaria madrileña.

Con motivo del aniversario, magníficos especialistas han aportado en las páginas de *Asclepio* sus diversas visiones sobre esta notable institución. Sin pretender proporcionar un panorama completo, desde luego imposible, se han tenido en cuenta tanto las orientaciones institucionales, como las realizaciones científicas. La voluntad pedagógica de Santiago Ramón y Cajal y la formación científica de la mujer, la creación de algunos de los más notables laboratorios como el de fonética o los de las Residencias, algunas ciencias como la psicología, la genética, la neurociencia o la biología evolutiva, se han estudiado en una institución puntera que se enmarca en la ciencia española anterior y posterior a la guerra civil. Pisoteada por la guerra y sus consecuencias, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas retomó su antorcha. Primero de forma bien diferente, hoy cien años después recordando sus obras y aprendiendo de sus lecciones. Convertida en cruel caricatura en la primera etapa del C.S.I.C., muchos de sus valores han podido ser rescatados gracias a los esfuerzos de sus investigadores y a la entrada de España en la democracia europea. Sirva este homenaje para recordar a tantos y tantos sabios que quisieron mantener viva la llama de la ciencia entre nosotros o, más allá de las fronteras, en un difícil y brillante exilio.